

Grossman, Vasili, *Vida y destino*. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2007, 1200 pp.

Por Concepción Reverte Bernal
(Universidad de Cádiz)

Según explica la contraportada de esta edición, Vasili Grossman (Berdichev, 1905- Moscú, 1964) fue un escritor y periodista ruso que cubrió con sus crónicas la batalla de Stalingrado, durante la Segunda Guerra Mundial; siendo además el primero que dio la noticia al mundo de los campos de exterminio nazis. *Vida y destino*, considerada su obra cumbre, fue prohibida durante el régimen de Jrushov, provocando el aislamiento de su autor. Una copia del manuscrito de la novela fue sacada clandestinamente de Rusia y posteriormente publicada en Francia en los años ochenta del pasado siglo. A Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores le corresponde el mérito de la primera traducción de la novela al español, la cual se hace, no desde el francés, según se indica, sino directamente del ruso.

La publicación de esta obra en español es, a mi juicio, un acontecimiento cultural importante, que posee particular interés para los especialistas en Historia Contemporánea. Esta extensa novela brinda un testimonio excepcional de hechos que han configurado el siglo XX, a través de varios grupos de personajes; por eso y por su calidad ha sido comparada justificadamente con *Guerra y Paz* de Tolstoi. En ella, a manera de novela coral, Grossman relata ambientes y sucesos que se sitúan entre el cerco de Stalingrado y la inmediata postguerra, abarcando los avatares de la familia de un físico ruso, miembro de la Academia de Ciencias, de grupos de prisioneros de un campo de concentración alemán y de otro ruso, de rusos ingresados en la prisión de la Lubianka y de varios núcleos del frente de Stalingrado (oficiales de ambos bandos con sus dirigentes reales, integrantes de un escuadrón de cazas de la fuerza aérea y de un cuerpo de tanques rusos, civiles). En este período de la historia rusa subyace la presencia del todopoderoso Stalin, con sus temidas purgas. La editorial, con el cuidado que caracteriza actualmente sus publicaciones, facilita el seguimiento de las vidas entrecruzadas mediante un glosario final de los personajes con sus alias. Pienso que cualquier lector culto puede sentirse atraído por este acercamiento al interior del pueblo ruso, el cual, por las circunstancias de todos conocidas, ha sido durante décadas enigmático

para el resto de las naciones, apenas traspasado por las voces de los disidentes. Quizás la información que otorga la novela ayude a entender mejor hoy las reacciones de los gobernantes del antiguo corazón del imperio comunista.

La longitud de la novela puede desanimar a lectores habituados a una narrativa breve, pero vale la pena el esfuerzo, pues junto a la huella que deja la obra en su conjunto, posee pasajes inolvidables, como los que corresponden, por ejemplo, al trayecto a la cámara de gas de prisioneros judíos o a la heroica resistencia de soldados rusos en una casa de Stalingrado. También hay que encarecer en esta ocasión la calidad del lenguaje que emplea Marta-Ingrid Rebón Rodríguez en su traducción, cuya fidelidad al original ruso no puedo calibrar, pero sí el buen hacer de una prosa vibrante.

Ibarra, Carlos et al., *Sociedad protectora de la infancia de Concepción: La figura de Leonor Mascayano Polanco*. Concepción, Centro de Investigación Histórica en Estudios Regionales, Facultad de Humanidades y Arte, Universidad de Concepción, 2006.

Por Laura Benedetti Reiman
(Universidad de Concepción, Chile)

Esta obra, fruto de la investigación de un grupo de jóvenes estudiantes de Pedagogía en Historia tiene dos grandes ejes de análisis: el primero de ellos, dice relación con las condiciones de vida de la infancia de los sectores populares urbanos de Concepción, especialmente aquellos elementos de análisis que corresponden a la salud y muerte de la infancia penquista; mientras que el segundo destaca la figura histórico de doña Leonor Mascayano Polanco, insertando su accionar de filantropía en las paupérrimas condiciones de vida de los sectores populares, particularmente de los niños, en una coyuntura histórico social que la historiografía ha denominado "Cuestión Social".

La investigación, dividida en seis capítulos, da cuenta en forma precisa, el accionar de esta mujer de la elite, que desde su sitial de privilegio se sensibiliza por la realidad social de Concepción e inicia una serie de proyectos que tienen por objeto atender las necesidades más urgentes de la infancia pen-

quista: salud, alimentación y cuidado. La labor de Leonor Mascayano está respaldada por los vínculos familiares, al ser la esposa del Intendente Vargas Novoa inició el proyecto de creación de la “Sociedad Protectora de la Infancia” y luego, para su perpetuación en el tiempo, en forma incansable encabezará una serie de beneficios tendientes a extender los brazos de esta institución hasta llegar a la construcción de un hospital para niños, establecimiento de gran importancia, considerando los elevados índices de mortalidad infantil que tenía la ciudad de Concepción y Chile en general, situación que fue una constante en las estadísticas demográficas desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

Los autores, inician su trabajo describiendo en forma general las características de la urbe penquista que desde la segunda mitad del siglo XIX está viviendo una etapa de modernización económica, la que se tradujo en una extensión de las actividades comerciales, desarrollo de establecimientos industriales, acompañado este proceso por el fenómeno de migración campo-ciudad, configurándose y aumentando la población popular en Concepción. Sobre ésta los autores destacan dos tipos de vivienda características de la época: los ranchos y los conventillos, ambos tuvieron en común la miseria, inmundicia y hacinamiento; la que se manifestó –en opinión de los autores– con mayor intensidad en los barrios periféricos. En el Concepción del período en estudio, se advierte una fuerte segregación socio-espacial, distinguiéndose barrios o sectores de la ciudad destinados a albergar a las familias de los sectores medios en ascenso y de la elite y otros a acoger a los sectores más desvalidos, “Claramente se distingue, entonces, en el Concepción de fines del siglo XIX un grupo de la elite hacia el este de la ciudad y uno popular hacia el oeste”, pero también dan cuenta de la existencia de conventillos en el centro de la ciudad, configurando así un panorama de insalubridad general y de precariedad para el bajo pueblo penquista.

Una vez identificadas las características de la ciudad, analizan el tema de las formas de vida de la infancia penquista, marcada –al igual que la de muchas otras ciudades del país– por el abandono, la ilegitimidad, la miseria, el trabajo y otros elementos que le hacían presa fácil de cualquier epidemia que asolara la ciudad; y en donde sólo se presentaban dos alternativas para los niños y niñas populares: el Hospicio, institución creada por la

caridad de la elite penquista, o simplemente, vagar por las calles, viviendo al día, arrancando continuamente de la policía y esperar la muerte a causa del cólera, el tifus, la alfombrilla, etc.

Es en el contexto anteriormente descrito donde arriba a la ciudad Leonor Mascayano Polanco, quien en su calidad de esposa del Intendente de Concepción, en dos períodos, va a dedicar su vida a la infancia desvalida penquista. Se destaca en la investigación el conocimiento que tenía doña Leonor de instituciones benéficas infantiles que existían en Santiago, como por ejemplo el Patronato Nacional de la Infancia, y ella tomará de éstas las ideas para luego aplicarlas en Concepción. La acción filantrópica de doña Leonor está indudablemente condicionada por el desarrollo político que vive Chile a finales del siglo XIX y por los acontecimientos de su vida matrimonial; su segundo marido, había sido una destacado partidario del Presidente José Manuel Balmaceda e Intendente de Concepción entre 1887 y 1890, pero tras la derrota de Balmaceda, el Intendente deja su cargo y regresa junto a su esposa a Santiago. Va a ser en el segundo período como Intendente, es decir, entre 1901 y 1903, donde Leonor Mascayano utilice todos sus contactos para concretar en Concepción las mismas acciones que se estaban desarrollando en la capital en favor de la niñez desvalida y de la sociedad en general. Su nombre figura en la creación de la “Liga contra la tuberculosis” y luego en la fundación de la Sociedad Protectora de la Infancia, institución que tras adquirir su personalidad jurídica y contar con una serie de fondos, logró abrir la primera sala en 1903, donde los niños –de ambos sexos- *de la clase desvalida* recibirían alimentación y cuidado bajo el trabajo de las hermanas de la “Buena Providencia de Grenoble”; 1903 es un año determinante para la sociedad fundada, pero también para la vida de Leonor Mascayano, su marido, Agustín Vargas Novoa se retiró de la vida política, y junto con ello su salud se vio resentida, volviendo así el matrimonio Vargas-Mascayano nuevamente a Santiago, donde don Agustín fallece en 1905. Desde 1904, Leonor dejó de aparecer en las actas de la sociedad, pero vuelve a encargarse de su obra en 1908, firmando con el nombre de su tercer marido, el Doctor penquista Pedro Villa Novoa, que había compartido con doña Leonor en la Liga contra la Tuberculosis y en la fundación de la Sociedad Protectora de la Infancia, quien por su profesión conoce mejor que nadie la realidad de los

sectores populares y de la infancia y es por ello que apoyará incondicionalmente la labor de su esposa.

Como mujer de la elite, los autores destacan su abnegación y su empeño en hacer prosperar y crecer la Sociedad Protectora de la Infancia; para ello, junto con otras destacadas damas penquistas organizó una serie de colectas y espectáculos destinadas a la recaudación de fondos, y es por ello que los autores destacan "...la ayuda de la comunidad fue pilar esencial para llevar a cabo esta y otras obras impulsadas por Leonor Mascayano...", pues como lograron constatar en las fuentes revisadas, la Sociedad contó también con el apoyo permanente de importantes firmas comerciales, particulares y una fuente permanente de ingresos fueron las donaciones y disposiciones testamentarias, tanto en dinero como también en terrenos. Sin embargo, desde su regreso a Concepción tras el fallecimiento de su segundo marido, doña Leonor destinó sus funciones a dos grandes objetivos: ampliar la capacidad de atención de la Sociedad Protectora y la construcción de un hospital de Niños, por la mortalidad infantil que ocurrían en caso de epidemias, tanto de niños asilados en la Sociedad y no asilados y por la falta de una institución formal que atendiera a los pequeños. El único medio para ello, desde la elite, era la beneficencia y que mejor forma que fundar un establecimiento especializado que permitiera enfrentar en mejor pie las epidemias como por ejemplo la alfombrilla, y fue en el contexto en que ésta se desarrollaba que fue fundada la Sociedad Hospital de Niños de Concepción, proyecto apoyado por el gobierno, el que donó por un período de treinta años un terreno para que allí se construyera el hospital, cumpliéndose así el anhelado sueño de Leonor y de un segmento importante de la elite penquista que se había sensibilizado por la miseria de los niños más pobres. Pero ello no quedó allí, porque la acción de Leonor Mascayano –y el apoyo permanente de las damas de la elite penquista– se proyectó hacia la creación de un ajuar infantil que repartiera ropa a los niños hospitalizados y además, en la creación de una institución muy característica de la elite, La Gota de Leche, dependiente de la Sociedad Protectora de la Infancia, construida en los terrenos que fueron legados a la sociedad por la vía testamentaria.

La vida de la Sociedad Protectora de la Infancia estuvo marcada por el influjo de Leonor Mascayano, quien va a dirigir la institución en calidad de Presidenta y luego Presidenta Honoraria hasta

1944, año en que fallece, pero también por el desarrollo de algunos acontecimientos en el país; el principal de ellos fue el terremoto de 1939. El terremoto, cuyo epicentro fue en Chillán, inició un período de crisis en el funcionamiento de la Sociedad, en primer término provocó innumerables daños en los edificios de ésta: el edificio que albergaba a La Gota de Leche fue destruido completamente y ésta nunca más volvió a funcionar, el edificio de la Protectora de la Infancia fue parcialmente destruido, pero en el sismo falleció la Madre Visitadora de las Monjas de La Providencia de Grenoble, que marcó el regreso de éstas a Francia por orden de sus superiores y la repartición de los niños asilados: algunos fueron ubicados en el Hospital de Niños, cuyo edificio no sufrió ningún daño, y otros fueron entregados a las familias y a los amigos de la Sociedad Protectora de la Infancia; doña Leonor residía hacia 1939 en Santiago, pero desde la capital del país continuaba influyendo en la institución que había consagrado su vida y tras su deceso, ocurrido en 1944, son las damas penquistas las que continuaron con su labor.

Los autores trazan la continuidad de las obras de doña Leonor hasta el año 2004, advirtiendo en esta evolución el cambio en la dirección de estas instituciones de beneficencia, que de estar dirigidas por la elite, va a pasar a ser instituciones estatales, cuando éste asuma una responsabilidad social más fuerte y la ayuda de la sociedad; así por ejemplo el Hospital de Niños que llevó el nombre de su fundadora pasó a ser una parte fundamental del Hospital Clínico Regional –Guillermo Grant Benavente– y hoy no es más que un recuerdo en la mentalidad de los penquistas que recibieron en él atención médica integral. De igual forma, la Sociedad Protectora, que entregaba asilo y protección a la infancia de ambos sexos de acuerdo a las disposiciones emanadas del gobierno militar, va a canalizar su ayuda a las niñas enviadas desde los Juzgados de Menores, es decir, la Sociedad se transforma de estar abierta a la comunidad y resolver parte de los problemas de ésta en el ámbito de los cuidados de la infancia, a ser una institución más dentro del aparato de protección estatal a la infancia en "condición irregular" y de ver limitada su accionar de acuerdo al sistema nacional de justicia.

Esta investigación es un valioso aporte al estudio de la mentalidad de la elite chilena de fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, de igual manera es una contribución importante al desarro-

llo de la Historia Regional, sin perder de vista los acontecimientos en el plano nacional y como éstos gravitan en el espacio geográfico en estudio.

Ifrah, Georges, *Historia Universal de las Cifras. La inteligencia de la Humanidad contada por los Números y el Cálculo*. Madrid, Espasa Fórum, 2002, 2000 pp.

Por José Antonio Ruiz Gil
(Universidad de Cádiz)

Se trata de una obra de referencia. Un magnífico libro de consulta, tan imprescindible en toda biblioteca como voluntarioso el leerlo. Estas dos mil páginas constituyen la quinta edición (1997) del original francés de 1992. El volumen está repleto de amplísimos textos complementarios, explicativos y aclaratorios; se ilustra con una buena cantidad de dibujos y tablas; y finaliza con unos bien contruidos e imprescindibles índices alfabético y analítico. Estos aspectos son tan fundamentales, dado el carácter enciclopédico, en el sentido más francés del término, como la bibliografía general y analítica, ordenada por temas y autores.

El título no es pretencioso, sino cabal y ajustado. Se trata de un relato diacrónico y universal. Cuando hablamos de diacronía lo hacemos no sólo desde los más antiguos tiempos, sino que encontramos el auxilio del comportamiento casi humano hacia las cifras. Y lo universal lo ponderamos no desde Europa, sino desde la totalidad que representa el número. Ifrah parte de un principio básico: la invención o el descubrimiento de las cifras se produjo en distintos lugares de la tierra, por distintas gentes, unidas por una ‘sorprendente estabilidad de la inteligencia’ (sic) en un medio cultural, social y psicológico similar (página 25).

Partiendo de esta concepción estructuralista de la mente humana (ver especialmente las páginas 1368-9), recopila toda la documentación existente sobre el origen y desarrollo en todo el planeta de lo referido a los números y al cálculo efectuado con ellos. Se trata de una obra verdaderamente universal, no eurocéntrica. Una obra que podemos enmarcar por su ambición y vocación en el estilo *Historical World System*. Es un libro de consulta necesario, aunque no aconsejo su lectura continuada.

La obra se articula en dos partes, la Primera *La aventura de las cifras o la historia de una gran invención*, la Segunda versa sobre el cálculo mecanizado, de cómo hemos llegado al ordenador. Dada la extensión del libro, me propongo relacionar de forma descriptiva los capítulos, para detenerme en lo que me suponga mayor interés.

Los siete primeros capítulos se refieren a los aspectos más antropológicos de los números. Comienza con una etnología y psicología de los números para explicar los orígenes. Resulta curioso el capítulo segundo, referido al nacimiento de los distintos sistemas de numeración, utilizando como base de cuenta los dedos o las distintas partes del cuerpo. Hasta la actualidad no se ha reflexionado en Prehistoria sobre la importancia del cuerpo como punto de partida para el establecimiento de analogías. Recomiendo la lectura, entre otros, de *Origins and Revolutions*, de Clive Gamble (Cambridge, 2007).

Sobre la utilización de la mano como primera ‘máquina de contar’, véase el capítulo tercero. Y sobre la contabilidad prehistórica, el cuarto. El capítulo quinto tiene el sugerente nombre de *La práctica del tallado o la contabilidad de los analfabetos*, donde, además, se refiere al número como marca de propiedad (página 178). Algo más avanzado resulta la utilización de cuerdas para contabilizar (capítulo 6). Finaliza esta serie con el capítulo dedicado al establecimiento de un sistema estable de valoraciones y equivalencias, basado en un principio de unidades o patrones fijos, con la finalidad de estimar tanto las operaciones económicas como las sociales, tales como el *precio de la novia*, el *precio del robo* o el *precio de la sangre* (ver página 191,2).

A partir del capítulo 8 encontramos una visión histórica que comienza con la invención de la escritura hace 5000 años en la civilización sumeria. A pesar de la lejanía, el sistema sexagesimal (horas, minutos y segundos) ha perdurado hasta nuestros tiempos. *La enigmática base 60* es el título del capítulo 9, en él Ifrah nos da su explicación del porqué: una simbiosis cultural entre usuarios de una cuenta en base 5 y otra de cuenta con el pulgar sobre las doce falanges de una mano (base 12), con los números 6 y 10, como auxiliares (página 343).

La continuidad en Oriente Medio la vemos en los capítulos del 10 al 13. En el primero de los citados se refiere al uso de objetos materiales –arqueológicos– para contar: guijarros o cálculos de piedra y fichas o bolas, conos y esferas de cerámica. De los